

Lun Evangelio del día

9
Abr
2018

Segunda Semana de Pascua

Hoy celebramos: Anunciación del Señor (25 de Marzo)

“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 7, 10-14; 8, 10b

En aquellos días, el Señor habló a Acaz y le dijo:

«Pide una signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo».

Respondió Acaz:

«No lo pido, no quiero tentar al Señor».

Entonces dijo Isaías:

«Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo de hoy

Sal 39, 7-8a. 8b-9. 10. 11 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

«-Como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad.»

Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

No me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 4-10

Hermanos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados.

Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dice:

«Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas,

pero me formaste un cuerpo;

no aceptaste holocaustos

ni víctimas expiatorias.

Entonces yo dije: He aquí que vengo

-pues está escrito en el comienzo del libro acerca de mi-

para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad».

Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley.

Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad».

Niega lo primero, para afirmar lo segundo.

Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel:

«¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque “para Dios nada hay imposible”».

María contestó:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios-con-nosotros

El texto de Isaías aparece en un contexto histórico de desconfianza. El rey de Judá, Acáz, siente miedo ante la posible amenaza de dos potencias de la época, Siria e Israel, y tiene la intención de pedir ayuda a otro enemigo, Asiria. El profeta critica la falta de confianza del rey en el Señor que se había comprometido con la ciudad de Jerusalén y la dinastía davídica. En ese contexto de amenaza externa y de duda interna por parte del rey, Dios le dice que pida una señal para que haga firme su confianza en Él. A pesar de ello, el rey no quiere hacerlo para no desvelar sus inseguridades y temores. Dios le propone que le va a dar una señal, que una vez más es paradójica: el nacimiento de un niño. Un niño es algo natural, frágil y aparentemente no tiene nada de signo. Sin embargo, la clave está en el nombre: Dios-con-nosotros.

La gran tentación del pueblo de Israel desde la salida de Egipto había sido precisamente preguntarse eso en las diversas condiciones adversas que se encontraban ¿Esta el Señor con nosotros? (Ex 17,7). Ahora, una vez más, el rey Acáz vuelve a hacerse la pregunta. La respuesta vendrá dada con ese niño y con su nombre. El niño no es un ser sobrehumano, pero con su nombre simboliza que la salvación se va a realizar. Decir a los grandes personajes bíblicos “el Señor está contigo,” era garantía de éxito (Jos 1,9; Jc 6,12). Igualmente, Emmanuel, Dios-con-nosotros- significaría una confianza anticipada en la victoria sobre los enemigos. El texto fue releído posteriormente en clave mesiánica, incluso antes del evangelio de Mateo. *Nosotros y nosotras hoy seguimos haciéndonos la misma pregunta: ¿Está Dios con nosotros?*

Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad

En la última sección, de la carta a los hebreos, dónde el autor ha expuesto el tema del sacerdocio de Cristo, subraya el gran cambio que ha supuesto para el ser humano la ofrenda realizada por Jesús de Nazaret. La ley antigua no tenía solución válida que proponer para remediar la culpabilidad humana. Se reducía a comenzar de nuevo indefinidamente los mismos intentos ineficaces de mediación. Los sacrificios de animales inmolados eran exteriores al hombre, no cambiaban su corazón (10, 4) y, en consecuencia, exteriores a Dios (10, 5).

En lugar de ese culto ritual y vacío de contenido, Cristo ofrece generosamente al Padre su obediencia personal total: “Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad” (10, 9; cf. Jn 6, 38; Lc 22,42). Semejante ofrenda es evidentemente aceptada por Dios, ya que consiste en cumplir lo que él quiere y, lejos de ser exterior al ser humano, lo coge por entero, ya que parte del corazón y va hasta la “oblación del cuerpo” (10, 10). De esta forma, podemos salir del callejón sin salida en que estábamos metidos, a causa de nuestro pecado y de unas relaciones equivocadas con Dios. El obstáculo del pecado no entorpece ya nuestro camino a Cristo, él nos acoge y perdona siempre con un amor sin límites.

Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo

El Nuevo Testamento no se prodiga en alusiones a María la madre del Señor, pero los rasgos de María que podemos descubrir en los textos, no dejan de sorprendernos y de hacer de ella compañera para este camino gozoso de encuentro con la Palabra. María es una discípula, no en el sentido de que acompañara a Jesús durante su ministerio público, sino en el sentido existencial: alguien que escucha la Palabra de Dios y obra de acuerdo a ella.

Así aparece en la Anunciación, como aquella que escucha y pone en práctica la Palabra de Dios. Al comienzo del relato Lucas presenta a los dos protagonistas de la acción: Gabriel y María. También se nos recuerda el tiempo transcurrido desde el relato anterior del anuncio a Zacarías en el templo: seis meses. El ángel Gabriel había sido enviado a Zacarías “*para hablarte y anunciarte esta buena noticia*” (Lc 1,19b). Ahora es enviado a un nuevo personaje del cual se dice muy poco: se llama María, era virgen, prometida a un hombre de la casa de David, vive en una aldea desconocida de Galilea, Nazaret y es pariente de Isabel.

Aún sin tener título relevante María es objeto de una mirada especial. Dios le envía su ángel apocalíptico, aquel que anuncia las decisiones últimas de Dios respecto al futuro de la historia: “*yo soy Gabriel, el que está delante de Dios*” (Lc 1,19^a). El saludo de este mensajero “Alégrate” recuerda algunos textos veterotestamentarios que contienen esta palabra y exhortan a la alegría escatológica Cf Is 6,10; Jl 2,21-23; Zac 10,7). Por eso, María “*se preguntaba qué significaría aquel saludo*” (Lc 1,29). El “alégrate” encabeza el anuncio de la Buena noticia que se extenderá por todo el mundo. María es la agraciada, ella ha encontrado gracia ante Dios y tiene ante sí un futuro desconcertante: *concebirás*.

Lucas presenta a María bajo el dinamismo sorprendente de la gracia, que culmina en la maternidad virginal. El nombre de gracia va acompañado de una frase singular: “*El Señor está contigo*”. De grandes personajes se decía en Israel que “el Señor estaba con ellos” sólo así pueden realizar la misión encomendada por Dios. El mensajero sitúa a María entre los grandes salvadores de Israel.

María reacciona ante las palabras y se siente sobrecogida, sorprendida. Ella se conmueve, se maravilla ante lo nuevo e incomprensible. Dios puede hacer cualquier regalo, superando todo lo imaginable. Gabriel ha revelado a María lo que va a acontecer en ella. Le confía una misión de parte de Dios: ser madre. El mensaje es interrumpido por una pregunta de María, situada en el centro de la perícopa: *“¿Cómo será esto pues no conozco varón?”* El “no conozco” de María está conectado en su condición, de virgen. Ella sólo está “desposada”, todavía no convive con José, y en sentido semítico no ha “conocido” varón. De ahí, su sorpresa, no sólo por la ausencia de varón para la concepción, sino por la imposibilidad de dar a luz a un hijo que *“se le llamará Hijo del Altísimo...”*. El ángel del Señor responde a esa pregunta, María es destinataria privilegiada de un mensaje que es buena noticia para todo el pueblo. Le es revelado de este modo el plan de amor de Dios para con ella: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra”* (Lc 1,35)

Ante este acontecimiento, la fecundidad de Isabel, que era estéril, se convierte en un signo. La Palabra de Dios se cumple, va a ver la luz. María se declara “sierva del Señor”, acepta el plan de Dios para con ella, no como respuesta a sus deseos, sino como aceptación al deseo de Dios. María es llamada por Dios para una misión. Ella es la discípula que desde el comienzo acoge el Misterio de su Hijo en una actitud de obediencia, disponibilidad y aceptación.



Hna. Carmen Román Martínez O.P.
Congregación de Santo Domingo

Anunciación del Señor

El escenario

Con motivo de esta fiesta, podemos realizar un viaje espiritual al lugar de la Anunciación de María y Encarnación del Hijo de Dios. Cuando llegamos a Nazaret, lo primero que nos llama la atención es la cúpula que corona la basílica de la Anunciación. Con razón ha sido comparada al cáliz de un inmenso lirio invertido.

Al acercarnos a la basílica todo nos habla de María. Las docenas de brillantes mosaicos, que rodean el atrio a modo de claustro, dedicados a las vírgenes patronas de diversos países. Los bajorrelieves que adornan las fachadas del templo. Y una vez en el interior, las pinturas, las vidrieras, los mosaicos y, sobre todo, la letra "M" que se repite una y otra vez en lo alto de los techos y cie las bóvedas. Todo respira un profundo ambiente que invita al recogimiento y a la oración, que se acentúa, sobre todo, en la cripta.



Precisamente en ese plano inferior se encuentra el lugar más importante de todo el conjunto basilical: restos de un antiguo baptisterio, el basamento que marca el perímetro de la iglesia bizantina y, finalmente, la cueva de la Anunciación. He aquí uno de los lugares más atrayentes para el cristiano que, paradójicamente, se nos presenta revestido de una asombrosa sencillez y pobreza. Una inscripción grabada sobre el mármol del frontal del altar nos recuerda: «Aquí el Verbo de Dios se hizo carne».

Nunca deberíamos olvidar la centralidad de este mensaje tan escueto como fundamental para nuestra fe. La fiesta de la Anunciación a María es también, e indisolublemente, la fiesta de la Encarnación del Verbo de Dios. Es éste el acontecimiento que hace girar los siglos. El comienzo de nuestra salvación. Dios ha entrado en la historia humana. Por medio de la Anunciación a María, Dios se ha hecho hombre para que los hombres podamos participar en la naturaleza divina. La luz ha venido a irrumpir en el mundo de las tinieblas.

Como escribía el papa San León Magno en una carta que la Iglesia lee en este día: «El que es Dios verdadero nace como hombre verdadero, sin que falte nada a la integridad de su naturaleza humana, conservando la totalidad de la esencia que le es propia y asumiendo la totalidad de nuestra esencia humana. Y, al decir nuestra esencia humana, nos referimos a la que fue plasmada en nosotros por el Creador, y que él asume para restaurarla».

Siglos más tarde, en un delicioso sermón predicado en la fiesta de la Anunciación, se preguntaba San Juan de Ávila cómo habría de llamar a este día. Sus mismas preguntas, por retóricas que sean, constituyen ya el esbozo para una excelente y profunda catequesis:

'Si le llamamos día del remedio del mundo, eslo; si día de redención de captivos, eslo; si le llamamos día de desposorios, eslo; si día de dar grandes limosnas, eslo también. El que supo la misericordia, aquél sea el que nos dé a entender el día que es hoy y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos.'

Una vida entera no nos bastaría para contemplar la magnitud de este misterio que ha cambiado la suerte de la historia humana.

Ante el misterio

En la cueva de Nazaret algunos peregrinos antiguos dejaron sus graffiti como señal de su visita a un lugar que muy pronto debieron de considerar como venerable. Los expertos han logrado descifrar uno de ellos que aquí interesa recordar: «¡aire», es decir: «alégrate», «Dios te salve», «Ave», Esas palabras del ángel se han convertido en saludo y oración para los cristianos: Ave María, la llena de gracia, el Señor está contigo. En ti y por ti Dios se nos ha hecho Emmanuel, «Dios con nosotros».

Los antiguos padres de la Iglesia gustaron de comparar a María con Eva. Es bien conocido el texto de San Ireneo en el que afirma que 'el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María». Otros, como San Jerónimo o San Juan Crisóstomo, repitieron una y otra vez que si »la muerte vino por Eva, la vida nos vino por María».

La cueva de la Anunciación, en Nazaret, está cerrada por una verja que parece querer evocar la zarza ardiente en la que Dios se mostró a Moisés. Y con razón, puesto que aquí Dios se hace presente y salvador para siempre. En el sermón mencionado al comienzo, San Juan de Ávila compara la encarnación del Señor con el episodio de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza que ardía en el desierto. En ambos casos, Dios daba muestras de interesarse por la suerte humana. Pero si en un caso seguía siendo Dios «sin que le costase nada», en el otro se comprometía hasta el fin, asumiendo la suerte del hombre:

«Hombres, no es ya razón tener el corazón de piedra, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres y por nuestra salud. Dios encarnó y fue hecho hombre. Acullá se queda en la zarza, y no tocan a él; acá desciende de los cielos y queda hecho hombre.»

En aquel mismo siglo, San Juan de la Cruz plasmaba en un romance, sencillo y profundo a la vez, su alta contemplación de este misterio:

«Entonces llamó a un arcángel que San Gabriel se decía y enviolo a una doncella que se llamaba María, de cuyo consentimiento el misterio se hacía; en la cual la Trinidad de carne al Verbo vestía; y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía; y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María. Y el que tenía sólo Padre, ya también Madre tenía, aunque no como cualquiera que de varón concebía, que de las entrañas de ella él su carne recibía; por lo cual Hijo de Dios y de el hombre se decía.»

El Concilio Vaticano II ha dedicado al misterio de la Anunciación de María unas hermosas y profundas consideraciones que podemos recordar en la celebración de esta fiesta. En ellas se subraya especialmente la libre cooperación de María con el designio salvador de Dios:

«El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyese a la vida (...). La Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como "llena de gracia" (cf. Lc 1, 28), y ella responde al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Así María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

Esta contemplación del misterio de la Encarnación ha alimentado la espiritualidad de los cristianos y ha orientado su presencia activa en el mundo. La Iglesia, imitando de lejos al Verbo de Dios, trata de encarnarse en las realidades de este mundo con el fin de renovarlo con la gracia de su Señor.

En un día como éste, el cristiano encuentra especial sentido a la recitación de una antigua antifona mariana titulada *Alma Redemptoris Mater*:

*Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse.*

*Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.»*

José Román Flecha Andrés.